

Cuando desde lejos se percibe un grupo de árboles plantados en el interior de un rústico edificio, y esos árboles dejan descubrir solamente sus cabelleras verdes y agitadas, parece que al pié invisible de los mismos vive y crece la felicidad del tranquilo hogar, protegida por esos amigos vegetales que extienden sus ramas como brazos para guardar á las flores de las tormentas.

Piedad, como hemos dicho, vivia cerca de Eugenia; pero en su casa no habia jardin.

La jóven habia hecho hacia algunos meses este descubrimiento:

Que no amaba á Antonio;

Que nunca lo habia amado.

Esto la hizo sufrir.

El sufrimiento y la melancolía son consecuencias inmediatas y naturales de la desilusion.

«Allá viene»—habreis dicho mil veces refiriéndoos á la felicidad que bajo cualquiera forma entreveis á lo lejos.

Se acerca, veis bien, y «¡no era ella!»

La vida está llena de estos myopes.

Tambien hemos indicado que la jóven era nerviosa, susceptible, un tanto soñadora.

Pero muy pasajera.

Las mujeres tendrán mucho que reprochar á los hombres; pero en ningun caso y en ningun sentido deben pronunciar la palabra *inconstancia*.

Antonio habia pulsado aquel corazon como un instrumento músico.

La pulsacion fué enérgica, y las cuerdas habian producido una vibracion armoniosa, prolongada, bellísima.

Pero aquellas cuerdas se aflojaron y aquel instrumento perdió su temple.

Cuando la jóven llegó á México, ya no pensaba en Antonio sino muy de tarde en tarde, y como hubiera pensado en un loco digno de compasion por su carácter anómalo é indomable, y digno tambien de ciertas consideraciones, pues que alguna vez la habia amado de buena fé.

En tal estado moral, la melancolía, deciamos, es una condicion necesaria.

Estaba afectada, en su corazon habia una cicatriz; pero en su frente ninguna huella amorosa se percibia.

Es notable la influencia que ejercen en el alma circunstancias puramente exteriores, por expresarnos así.

Eugenia pálida, hermosa, melancólica y aislada en S. Cosme, cumplia con no pocas condiciones de simpatía y atractivo.

No hubiera llamado la atencion de un transeunte vulgar.

Pero Piedad la vió pasar repetidas ocasiones por su casa, y otras varias pasó por la de Eugenia, y resultó que fué amiga de la bella casita y de la jóven que la habitaba, espiritual é interesante sobremanera.

Eugenia la oyó cantar, y Eugenia amaba lo bello en todas partes.

Las frases armoniosas de Piedad brotaban húmedas como de llanto interior. Trémulas, dulces y vibrantes como suspiros de melancolía.

Por nuestra parte no creemos poder asegurar á nuestros lectores si llegaron solamente á *tratarse*, ó si realmente fueron amigas.

Aquí podriamos sin duda *insertar* la brillante *tirade* que nuestro maestro Alfonso Karr lanza á la amistad en uno de sus libros mas espirituales.

Para nada diremos sino este sencillo concepto fácilmente expresivo de la verdad.

Esto es:

Que demasiado llano consideramos el que dos flores se aproximen sin llegar á unirse.

Esa tarde suspiraron ambas, porque todo suspiraba esa tarde.

Piedad, sin duda, pensó en que no existe en el mundo un Antonio cual ella se lo habia figurado.

Eugenia tambien suspiró, pensando acaso que nada en el mundo existe que valga la pena de que por ello se suspire.

Habian dado vueltas y paseos en la Alameda por todos los lados del jardin y en todos sentidos.

Cuando Máximo y Antonio las encontraron iban fatigadas.

Terminaron su paseo por todo el perímetro de aquel jardin y en seguida se dirigieron ambas hácia San Cosme.

Entraron en la casita de Eugenia, persuadidas de que iban seguidas por nuestros jóvenes.

No penetraron hasta las habitaciones, sino que se quedaron en el jardin.

—¿No le parece á vd. que este señor es demasiado abandonado?—dijo Eugenia, refiriéndose indudablemente á Antonio.

—¡Qué, si es perdido!

—¡Lástima por cierto!

—Y cuando visitaba á vd. ¿era lo mismo?

—Entonces se cuidaba un poco mas.

—¿De qué dimanará este abandono?..... ¡Por Dios!

Piedad no contestó, sino que se limitó á hacer un gestecillo que bien pudiera traducirse con estas palabras:

«Sépalo Dios.»

A esta sazón el crepúsculo avanzaba rápidamente, envolviendo en sus sombras á todo el hemisferio.

En el horizonte rodaba el «cúmulus» relampagueando y tronando como el agrupamiento de los airados espíritus de la tempestad.

Empezó á soplar el viento.

Las rosas de aquel pequenuelo jardin empezaron á doblegarse bajo el soplo del aire y bajo el golpe de uno que otro goteron que caia.

Eugenia y Piedad, que hacia pocos momentos habian tomado asiento sobre un banco de césped, se levantaron repentinamente al observar aquel cambio del tiempo.

Mientras Eugenia arreglaba sus lindos cabellos descompuestos por el aire, Piedad dió algunos pasos hácia la verja de madera pintada de verde que separaba el jardin del patio de la casa.

Aquella verja se prolongaba hasta unirse á una de las paredes laterales del jardin.

Al llegar allí vió que por el lado opuesto al en que se hallaba, habia unas lindas violetas, y sacando su brazo por entre los de la verja, pretendió cortar una de aquellas flores.

Era preciso, para lograr su intento, vencer alguna leve dificultad ó resolverse á dar la vuelta.

Volvió casualmente la cabeza y vió que Eugenia cortaba un feston de madreselvas y adornaba con ellas su cabeza hermosa y espiritual.

Tornó Piedad á inclinarse, y en estos momentos, á poca distancia de sus dedos, cayó un objeto, causándole una momentánea sorpresa.

Era un billete adherido á un pequeño ramo de *alfombrillas*, *pensamientos*, etc.

Apoderóse del billete y lo guardó precipitadamente en su regazo. Levantó la cabeza para ver hácia el lugar por donde aquello habia pasado, y una cabeza masculina, cubierta con el *kepi* militar, se ocultó violentamente tras el borde superior del muro, esquivando la mirada de la muchacha.

Con igual precipitacion se lanzó Piedad á la puerta de la

calle para observar, y solo vió á una jóven del brazo de un oficial frances.

Aquella jóven tenia por cierto *muy mal aspecto*.

Le sobraba descoco y empleaba un desenfado infinito para levantar su trage, dejando admirar un par de piernas delgadas, pero redondas y finas, y unos piés no destituidos de atractivo y lujosamente calzados con unos botines de color muy claro.

Piedad quedó en un cúmulo de confusiones, y tornó hácia adonde habia dejado á su compañera.

Esta se acercaba coronada casi de madreselvas y exasperada con el aire que soplabá sobre su elegante trage, dejando ver algo mas que los lindos piés de aquella especie de dráida encantadora.

Si algo habia observado, nada dijo y de nada se dió por entendida.

— ¡Está haciendo un aire!.... ¿No le parece á vd. que nos vayamos?.....— Fué lo único que le dijo á Piedad, que se hallaba por cierto trémula y agitada.

— *Cuando vd. guste*— contestó esta, temblándole aún la voz.

Y ambas unidas, aunque sin asirse de las manos ó de los brazos, como suelen hacerlo las buenas amigas, se dirigieron al interior de la casa.

Aquel nuevo proyectil que habia ido á parar hasta el seno de Piedad, le produjo una inquietud terrible.

La heria en el pecho aquella carta como un tiro.

No podia ser sino de Antonio.

Pero qué.... ¿seria capaz de insistir? ¿Qué podria decirle de nuevo?

— Tal vez hice mal— pensó— en recoger esto. Pero no podia quedarse allí tirado. Es prudente haberlo quitado de allí...

¡Quién será este oficial y quién será la mujer que llevaba!.....

Se quedó un corto rato pensativa.

Se hallaba en uno de los lados del estrado de aquella alegre salita, que en aquellos momentos estaba poblada de sombras.

Tambien sintió la jóven que su mente se poblaba de sombras, y que lo que se llama «humor negro» penetraba hasta la médula de sus huesos.

Eugenia se hallaba en el otro lado de la sala apoyada contra el marco de la vidriera que comunicaba con el patiecito.

A poco rato *tocaron*.

Tocar es acercarse á una puerta, tirar del cordon de la campanilla, ó golpear sobre una de las batientes para que oigan adentro que álguien está ahí.

Suele tocarse á la puerta de un modo ostensible cuando se trata de que le abran á uno la entrada del corazon.

El enamorado que toca, toca de una manera.....

Si de tu corazon toco á la puerta,
Temblando de emocion cabe tu Eden,
Angel del corazon, ¿la hallaré abierta?
¿No me preguntas al oirme—¿Quién?

Si de tus lindos ojos las miradas
Pagan con su ternura mi hondo afan,
¿Tendrás tus puertas á mi amor cerradas?
¿O al escuchar que llamo, dirás—¿Van!?

Si comprendes, mi bien, cuánto te amo,
La entrada de tu Eden no cierras, no;
Y si á la puerta de tu cielo llamo,
No preguntes—¿Quién es?—por que—¿Soy yo!

Eugenia desapareció completamente de la sala y salió á abrir. Era un criado como cualquiera otro, que le llevaba un pequeño billete y sin querer decir de parte de quién.

Después de algunos instantes de vacilacion, la muchacha se resolvió á tomar el billete y despidió al criado.

Casi á la misma hora ambas jóvenes leyeron sus billetes.

Piedad á la luz de un cerillo en la sala, y Eugenia á la precaria luz del farolillo del patio.

El de Piedad decia, poco mas ó menos, de esta manera:

«Creo á vd., Piedad, suficientemente noble y buena para oirme aún. Nuestros amores pasados han podido dejar en mi alma un infinito de amargura. Hay en mi corazon un sepulcro cavado por vd.; pero aun no me atrevo á abismar en él mi última ilusion y mi última esperanza.»

«¡Piedad! Reflexione vd. y no sea ingrata y cruel hasta matarme. La sociedad entera sancionó nuestro amor como un hecho positivo. Nuestro corazon y nuestras mútuas ilusiones se vieron coronadas con el perfecto acuerdo de toda la sociedad. No se rompen impunemente relaciones como las nuestras. Hemos andado demasiado por el sendero de la felicidad para desandararlo sin dejar arrojados en él, vd. su dignidad, profanada acaso por la maledicencia, y yo mi corazon y mi orgullo, hechos pedazos á sus piés.»

«Ámeme vd., Piedad; revoque con una sola palabra la sentencia que me tiene abismado en la angustia y el tormento; tenga vd. valor y abnegacion, y al través de mi *posicion*, sabremos, no obstante, hallar el cielo.—A***»

La jóven hizo pedazos aquella carta con desprecio, y se paró á arrojarlos en un rincon de la sala.

Eugenia habia leido este *de profundis*:

«Eugenia: Desde uno de esos abismos sociales que se llaman de muy diversa manera y que yo no me atrevo á detallar-

le, brotan para vd. un amor y un corazon dignos, nobles y grandes.

«Desde ese abismo, desde esas sombras *me atrevo* á amar á vd., porque la creo tan *buen*a y *generosa* como es bella.

«¿Me será lícito abrigar una esperanza?

«¿Me amaré vd. alguna vez, Eugenia?

«Piense vd. que una sola palabra *de sus* labios puede devolver toda la felicidad á *su* desgraciado—A***»

Eugenia frunció su lindo entrecejo, contrariada por los conceptos de aquella carta que nosotros hemos procurado marcar con *bastardilla*.

—Creí que me pedia prestado—dijo procurando olvidar generosamente aquellos conceptos.

Volvió á entrar en la sala un tanto preocupada y encontró á Piedad poco mas ó menos en el mismo estado.

Las mujeres poseen un instinto maravilloso para los secretos amorosos.

Eugenia no pudo menos de llamar su atencion á los fragmentos de papel arrojados en un rincon.

Para Piedad no pasó desapercibida la turbacion de Eugenia.

Ya á la luz de la vela pudo ver que las manos de Eugenia daban vueltas á un billete, que creyó encontrar muy semejante al que ella habia levantado del jardin y hecho pedazos.

¿La arrojarían otro?

Ah!..... No..... sino que *tocaron*.

Eugenia fué á sentarse al lado de Piedad, y le dijo de un modo intempestivo:

—¿Creeré vd. que me he entristecido un poco desde hace un rato?..... y me parece que á vd. le ha pasado otro tanto.

Piedad sonrió de un modo amargo, y por única respuesta lanzó uno de esos suspiros que bien pudieran llamarse «*involuntarios*.....»

CXV.

— ¿Crearás que me pasa una cosa, Antonio? — dijo Máximo á Antonio al sentarse sobre el lecho de su amigo, desabrochándose el *surtout*, que le estorbaba.

— ¿Qué te pasa?

— Que me fastidio soberanamente.

— Está el tiempo tan!

— Es cierto eso.

— ¿Vámonos de nuevo?

— Pero aun no acabamos de llegar. ¿Adónde hemos de ir?

— Qué sé yo: á ninguna parte, á todas, adonde te parezca, ó adonde primero me ocurra.

Y al decir estas palabras, Máximo sacó un enorme *puro* de su petaca, lo acercó á la llama de la vela y empezó á envolver su *mal humor* en nubes de humo pálido y compacto.

— Y luego que tú tienes el mal gusto de matarte de inanición, de pereza, de miseria..... — añadió enfadado y levantándose con las manos metidas dentro de los bolsillos de su tosco leviton.

— Es mi destino el que me mata, contestó Antonio.

— Tú has de haber nacido sin nervios..... Los mas enérgicos excitantes morales pierden todo su valor al aplicarse á tu organizacion de seda..... Por la centésima vez te digo que no tienes remedio.

Antonio guardó silencio, y á su vez se levantó á encender un cigarrillo, cuya extremidad se clavó entre los labios con cierto aire de una impertinencia indescriptible.

— Vamos á hacer cualquiera *calaverada* ó cualquiera tontería que me sacuda este tedio..... Tanto tú como yo necesitamos un poco de *crápula*.....

Y diciendo estas palabras se dirigió á la *mesa de noche*, tomó un fieltro, un poco de dinero en *menudo* que habia en el cajón, y un par de pistolas de bolsillo.

Alargó una á Antonio y partió matemáticamente con él la suma que habia tomado.

— Es necesaria una expansion, aunque sea á costa de un desórden y algunos gastos. En la cartera tienes tres ó cuatro billetes de banco..... por si acaso.

Y ofreciendo el brazo á Antonio, salieron de nuevo á la calle.

La calle de enmedio nunca ha sido una teoría.

Es la desheredacion que hace la sociedad de sus miembros que no le sirven, ó de los que renuncian á las que llamaremos «ventajas sociales.»

Nuestros jóvenes se dirigieron á una casa de juego.

Ambos preferian la ansiedad al marasmo.

Máximo decia á su honor, y obligaba á Antonio á que dijera al suyo, un

— «Estoy con vd., que no dilato.»

Todo admite excepciones y de todo se recaban franquicias, hasta del honor.

El honor, que tantas veces dormita debajo de la almohada del prócer empapado en la ilustracion, como se enreda en la hoja del puñal del asesino.

El honor, que se ostenta en mil estandartes agitados por tan diversas manos, que ya adopta por fórmula el *ad majorem Dei gloriam* de Loyola, como «Libertad,» «Igualdad,» «Fraternidad,» que emplean mas á menudo las naciones de un carácter mas tiránico.

Cuando nuestros jóvenes entraron en la partida, *flameaba* aquello de oro y de luz.

Todas las bocas estaban selladas. *Se hacia* un silencio profundo, y no resonaba otro acento que el del metal.

Antonio pensó, entrando, abdicar de toda timidez.
 Iba á ser muy atrevido.
 Nada tenia ya que perder, pues que ya lo habia perdido todo, y era preciso ver si todo lo ganaba.
 Acaso esa noche empezó á germinar en el corazon de su cerebro, como en un seno materno, el feto de un nuevo ser.
 Antonio sintió que un embrion levisimo de oro le saltaba dentro de los dedos, como puede una madre sentir el primer movimiento vital del ser que lleva en las entrañas.
 Es verdad que su alma y su dignidad estaban descubiertas sin pudor.....
 ¿Y qué?.....
 El tahir que gana, debia de ser el hombre de bien que pierde.
 Pero es el caso que el mundo no ve mas que al hombre que tiene dinero, ó mejor dicho, al dinero que tiene un hombre.
 Esta es una teoría que era ya conocida de Antonio.
 El *initium* puede brotar indiferentementê de una taberna ó de un palacio.
 Pues que el dinero rueda demasiado y por todas partes.
 Por los palacios y por los garitos.
 Si todo el mundo hubiera sabido que Antonio recibiera la «duplicacion de su parada» de un rey de palacio, no hubiera podido comprender, sin calificar á nuestro jóven de un insensato, cómo iba á buscar el dinero pidiéndolo á un rey de garito.
 Entre *tahir* y *traidor*, Antonio solo veia este medio:
 «Miseria.»
 El gran señor ó gran republicano á quien habia pedido desde México el término medio, no le habia hecho caso.
 No habia tenido contestacion de su carta.
 ¡Pues á jugar! Si aquel señor hubiera halládose en su lugar, hubiera acaso jugado igualmente.....

¡No sabemos á qué *carta* hubiera ido!.....
 Antonio agitaba en el bolsillo de su chaleco sus monedas y sus sentimientos.
 En su cartera tenia guardados sus billetes de banco y sus ideas decentes.
 Cuando un hombre dice:
 —«¡Vaya el mundo al tal!»
 Está en ocasion muy próxima de agradar al mundo, *dándole por su juego*.
 Salieron diversas cartas; pero Antonio no se atrevió á ir á ninguna de ellas, pues que no las hallaba suficientemente emblemáticas de su propia situacion.
 Cuando salió un rey, Antonio fué á la contraria.
 Perdió.
 Y ya creemos haber dicho que uno de los defectos ó una de las cualidades de Antonio, era el profesar abiertamente lo que se llama «la fatalidad ó el fatalismo.»
 El honor, el decoro, la dignidad, el orgullo, todas las facultades buenas y malas de aquel desgraciado muchacho, sufrieron durante aquellas largas horas de una noche de azar, mil repliegues, mil dobleces, mil *estrujones* al *barajarse* aquellos inmundos naipes, á cuyas combinaciones habia confiado toda su alma.
 Aquella partida era cosa séria.
 Sobre la carpeta verde estaban puestas dos mil onzas.
 La omnipotencia fundida en un Pactolo que fluia en diversos sentidos y en innumerables venas.
 Allí habia muchos bebedores de oro, entidades hidrópicas de esperanzas, moribundos de ese *cólera morbo* que se llama el deseo.
 Los naipes, esta siniestra biblia de la desesperacion, este código del acaso, este Korán de la ventura, se revolvian, pa-

rodiando el trastorno, el desorden, el cataclismo de todos aquellos desventurados que pretendían descifrar su «mañana» en uno de esos jeroglíficos del cinismo que el vulgo llama *mono* y «carta blanca.»

Antonio iba á apostar con ilusión, pero con lo que se llama «aplomo.»

Llevaba una lista de lo que necesitaba para establecerse y llamar á la felicidad con orgullo y buena fé.

Tenia el proyecto de *sonar la bolsa de su chaleco* al dios de los amores inocentes, y decirle:

— ¡Ahora sí!.....

Y marchar en seguida á decirle á la primera linda rica que le ocurriese:

— ¡Vaya vd. á toditos los diablos!.....

E ir en seguida á pedir la mano de la primera simpática *bohemia* que atravesase por la calle para ir á empeñar su *tápalo* ó á entregar sus costuras en el almacén de monsieur Maugard.

CXVI.

¿Recordais, lectores, que Antonio habia formado el presupuesto de su felicidad en prosaicas, en miserables, en *mundanas cifras*?

Ese presupuesto, el mismo, el original, iba *adjunto* á los billetes de banco que nuestro *tahur* llevaba en su cartera.

— *Corre*, dijo el *tallador* con voz de ángel, de demonio, de banquero en fin.

Tambien se trataba de «un rey.»

Antonio *fué* la mitad de su fortuna, y ganó.

Habia apostado al *mono* contra una *carta blanca*.

Al contar los cien duros que se le pagaron, involuntariamente, loco, vertiginoso, exclamó *para sí*:

— «¡Acepto!!!.....»

Y marcó en su *presupuesto* la cantidad que aquella ganancia le cubria.

Antonio tuvo la suficiente dosis de paciencia, de calma ó de fuerza de voluntad para esperar á hacer sus apuestas solo cuando saliesen reyes.

Máximo le vió con ojos extraviados.

Los cien duros que habia ganado Antonio los habia perdido su compañero.

— «¡Es lo mismo!» — pensó.

Máximo, despues de ver que habia perdido, vió que Antonio habia ganado.

Comprimió con ambas manos el desordenado latir de su corazón lleno de ira, se mordió los labios, se destrozó la epidermis del pecho, y dijo *entre dientes*:

— ¡Ah!..... ¡Pero no es lo mismo!.....

Y ninguno de ambos jugó el siguiente albur, pues que en él no habia un rey.

Aquel libro, que bien podria llamarse la obra en que está consignada la alternativa, volvia sus páginas, alternaba sus caprichosas figuras, escamoteaba jugando con aquellos veinte reyes de la creacion que creian jugar con él.

Antonio estaba bajo una influencia singular. En lo que se llama «un cuarto de hora.»

El rey «tomaba cartas» en lo que puede llamarse el destino de nuestro jóven.

Máximo, que hacia tiempo se habia fatigado de ser para Antonio el predicador de una extravagante moral, esa noche no pudo sufrir impasible la buena suerte de su amigo.

Y mas cuando era á expensas de la suya.

Ya tenía el amante de Piedad una pequeña montaña de oro.

Hacia largo rato que había cubierto con cifras, que llamaríamos positivas ó existentes, todo su presupuesto.

Solo habían salido dos reyes.

Salió á poco rato el tercero, y Antonio, afectando una calma perfectamente natural y aproximando al naípe real todo cuanto poseía delante, dijo:

— ¡Va todo al rey!

El círculo de tahures se fijó íntegro en nuestro jóven, y Máximo llevó las manos á la frente con expresion desesperada y murmurando:

— Ah!..... bandido, vas á *desmontar!*.....

Y salió de allí violentamente.

CAPÍTULO XVIII.

UN AMOR DE LO ANTIGUO.

CXVII.

En todo sentido y de todas maneras puede decirse que nos quedan vestigios de las edades que pasarón.

Si esto no fuera cierto, los anticuarios y los arqueólogos serian unos locos muy divertidos.

El polvo del pasado suele traernos perfumes poco del gusto de la multitud; pero como nada hay nuevo bajo el sol, preciso será aceptar aquello de que los extremos se tocan, aceptando lo nuevo en lo viejo.

¿Queréis algo bueno y original?

Bien, ¡resucitadlo!

Nosotros solemos hallar capullos nacientes de rosa entre el polvo de los siglos, y creemos que hallamos cabellos blancos en lo que nació ayer.

El protagonista de esta historia (que lo es, podemos asegurarlo) padecía el mismo mal.

Y á fé que un anacronismo *inventado* en el siglo XIX, y si este anacronismo es de carne y hueso, viene á remolcar al